

# “entrevista”

## Le conocí a «Poppy» Strebelle

Este fue un suceso importante en mi «pequeño mundo» que preciso contar.

Bélgica es país «consumidor» de pinturas y por este motivo son raramente conocidos sus pintores más allá de sus fronteras.

Es probable que a Strebelle se le conozca poco en otros lugares mientras que allí suena como una de las mejores firmas del mundo. Tomemos nota de que es profesor de la Academia de Molenbeek y profesor de composición en la Escuela Nacional Superior de la Cámara. De que ha tenido el premio Picard en 1923, el premio del Hainaut en 1930, el René Steens en 1948, el de paisaje en Santa Margarita de Ligure (Italia) en 1950... de que es miembro de la Academia Real de Bélgica y miembro honorario de la Libre E. Picard y de que obras de Rodolfo Strebelle se hallan en los museos de Bruselas, Ixelles, Amberes, Lieja, Tournai, Venecia, Riga, Grenoble... Y que una pintura suya fué la ofrenda de Bélgica a Churchill en visita oficial.

Yo vi una serie de reproducciones de algunas de sus pinturas y, entre lo bellas que las vi todas, «El violinista ambulante» me impresionó extraordinariamente. Disculpádmeme que no sepa «pintaros» aquella obra y que sólo pueda decir que la candidez, la vida y especialmente la poesía, quedaron allí pinceladas por Strebelle de una manera genial.

En cuanto a definir al artista en un determinado estilo no creo disparatar si opino que es inclasificable. Su pintura sería, resuelta, de trazo firme y bella y en toda ella puesto el «ver» del autor, se amolda siempre a ese «ver». ¿Realismo? ¿abstractismo? ¿sencillez? ¿complejidad? Mi modesto entender ha apreciado que Strebelle se vale de varios recursos para resolver sus problemas.

Quizás habráse de admitir que su trabajo actual no corresponde exactamente a toda su fama después de la grave enfermedad que minó su fortaleza, aunque no su extraordinaria capacidad de trabajo. Son ya ochenta y pico los años que se sientan en la cómoda banqueta de oficio del señor Strebelle. La banqueta que se ha ido situando, mientras

Strebelle ha estado en nuestro pueblo, a propósito de ir coloreando unas telas que serían su Llansá.

Sus biógrafos titulan al «Retrato de Madame Strebelle» una página característica de la historia de su pintura y así escriben que no hay que olvidar la influencia determinante del matrimonio en la vida de nuestro artista.

«No sería posible hablar pertinentemente de él sin citar a su esposa».

«Poppy» estaba destinada a la pintura y, con varios premios extraordinarios alcanzados, renunció a su carrera para dedicarse con plenitud a la de su marido. Se hizo católica con el matrimonio y toda su familia ha sido educada en la catolicidad.

Con caracteres diferentes pero singularmente complementarios hacen un matrimonio perfecto; una familia perfecta de la cual se escribe que «ofrecen al mundo por la unión de cualidades que se incluyen en las mismas personas un bloque monolítico exento de fisuras».

A «Poppy», dos bastones le dan algo de seguridad al andar torpe, y lentamente, cuando le acompaña a su marido a pintar.

«Hace falta haber visto la casa del pintor, la decoración que ella ha sabido arreglar alrededor de él, coleccionando celosamente conchas y madreporas, imágenes inocentes y plantas estrambóticas, a fin que su vista re-encontrara sin cesar las formas sutiles y raras con lo cual su obra pudiera inspirarse».

De Llansá también se llevó numerosas cosas que añadir a la colección.

A una pregunta, «Poppy» me decía.

—Renuncié a pintar. Mi marido y mis hijos, buenos artistas, han sido mi recompensa. Dios me ha premiado abundantemente.

Yo que hablé con ella puedo decir que uno se siente, sino atrapado por sus pinceles olvidados, sí recogido en el hermoso cuadro de influencia que cariñosa y finamente cuida.

Y a nadie le ha de faltar el aliento suave de su benefactora atención.